

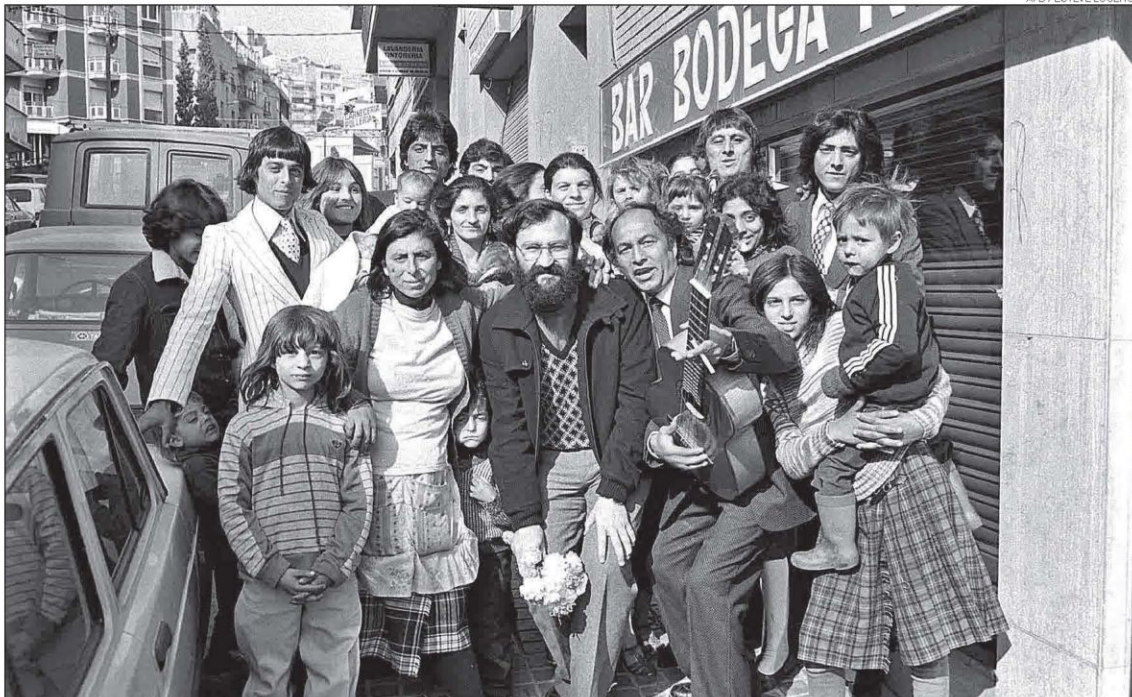


8 Mayo, 2019

BARCELONEANDO



De la chabola al mirador



La familia de los Porrina (con el patriarca guitarra en mano), antiguos residentes de La Perona, en el barrio de Roquetes en los años 80.

Esta historia empezó en el siglo pasado, en plena Transición, cuando Esteve Lucerón (La Pobla de Segur, 1950) comenzó a frecuentar La Perona y poco a poco, durante una década, consiguió compilar un estupendo documental fotográfico sobre la barriada chabolista...

dió que familias de etnia gitana, procedentes de otros núcleos barraquistas, se instalaron en las casitas que iban abandonando los pobladores más antiguos...

Sin embargo, el invento no acabó de funcionar. Amontonamiento y convivencia tensa entre familias que no se conocían. Así lo contaba en el libro arriba mencionado un gitano de la familia de los Pinchaúvas: «Al principio de vivir en La Perona convivíamos payos y gitanos, pero después nos empezaron a discriminar un poco [...] Y lo malo es que cuando hacía algo un gitano lo pagábamos todos».

Material etnográfico

No era fácil, pues, adentrarse en el territorio, y menos fotografiar la cotidianidad del barrio en sus carencias. Con paciencia y humildad, Lucerón se ganó la confianza de los pobladores con su bonhomía y regalándoles copias en papel de los retratos que les hacía en blanco y negro...



Arriba, el patriarca de los Porrina (sentado a la izquierda), en la actualidad; abajo, Esteve Lucerón, sujetando su cámara Hassel.

Con el advenimiento de los Juegos Olímpicos de 1992, las últimas chabolas de La Perona fueron demolidas y sus habitantes diseminados por Sant Adrià, Badalona, el Bon Pastor, Poble Nou y Roquetes, en Nou Barris, el enclave donde Lucerón, hoy ya jubilado, comenzó a seguirles la pista hace cosa de un año.

Casi 40 años de búsqueda, sin embargo, han permitido a Lucerón estrechar vínculos con la comunidad gitana que le abren puertas. Conserva amigos como Enrique Santiago y Juan José Amaya, Colate, con quienes tomamos un café en un bar de Roquetes, en la calle de la Mina de la Ciutat, una de estas tardes de primavera inquieta.

Esteve Lucerón retrata a los gitanos asentados en Roquetes tras el desalojo de La Perona

ciendo cuando el desalojo, pero recuerda a la perfección cómo han cambiado las calles de Roquetes desde entonces, sobre todo desde la instalación de las escaleras mecánicas, que salvan las cuestas más empinadas cuando no se averían, y la llegada de la línea verde del metro, en el 2008.

Si las familias de ambos vivían de la chatarra en los tiempos de La Perona, ahora ellos, como la mayoría de los gitanos residentes en Roquetes, se dedican a la venta ambulante de flores y plantas y de textil en los mercadillos. La vida, pues, ha cambiado para mejor, aun cuando Nou Barris sigue siendo el distrito más pobre de Barcelona, con una renta per cápita de 12.045 euros y un índice de población inmigrante de en torno al 25%, sobre todo ecuatorianos y hondureños.

La convivencia no es mala pero sí mejorable. Amaya y Santiago son dinamizadores de barrio dentro del programa municipal Nou Barris Conviu, que pretende minimizar los conflictos que se producen sobre todo en las noches de verano, por el ruido y el escándalo en torno a la plaza de Roquetes y a la calle de la Mina de la Ciutat. ¿El motivo? El calor tropical, la estrechez de pisos que suelen estar hacinados y la falta de espacios públicos. El programa promueve actividades, como el cine a la fresca, que facilitan la comunicación intervecinal. =